

La Historia Comparada*

CHARLES S. MAIER
Universidad de Harvard

RESUMEN.—El presente estudio aborda en sus líneas generales las principales propuestas metodológicas y teóricas de la historiografía comparada, así como el marco normativo que, en sus variadas fórmulas o tendencias, caracteriza el trabajo de los últimos años en este campo de la historia. Desde las aportaciones iniciales de la sociología comparada, pasando por el método histórico comparativo en Tocqueville, Marx y Weber o el debate historiográfico de comienzos de siglo en Francia y Alemania —con especial mención a Marc Bloch y Otto Hintz—, hasta lo que el autor denomina los programas weberiano, toquevilliano y antropológico, el artículo hace un breve pero denso recorrido por los principales canales por los que ha discurrido la historiografía comparada. A las dificultades metodológicas que han ido surgiendo se sobreponen, según se señala aquí, las ventajas y aún la necesidad que su cultivo supone para el conjunto de la disciplina histórica.

ABSTRACT.—This study deals with the general lines of the major methodological and theoretical proposals of comparative historiography, as well as with the normative framework which, in its diverse formulae or tendencies, has characterized the work carried out in this field of history during recent years. Starting with the initial contributions of comparative sociology, passing through the comparative history method in Tocqueville, Marx and Weber and the historiographic debate at the beginning of this century in France and Germany —with special mention of Marc Bloch and Otto Hintz— to arrive at what the author calls Weberian, Marxian, Tocquevillian and anthropological programs, the article carries out a brief but dense review of the main channels along which comparative history has passed. The advantages, and indeed the need that history as a whole has for their cultivation, have overcome the methodological difficulties which arise, as is shown herein.

1. DE LA SOCIOLOGÍA HISTÓRICA A LA SOCIOLOGÍA COMPARADA

El método histórico comparativo es una forma de trabajo venerable, aunque sólo en la segunda mitad del siglo la historiografía comparada ha llegado a ser una actividad intelectual dotada de un específico sistema de conocimiento. Puesto que la disertación histórica se basa en el desarrollo de un proceso en el tiempo, está obligada a poner en

* Traducción de TOMÁS PÉREZ DELGADO.

contraposición las condiciones precedentes con las subsecuentes; y en la medida en que centra su atención sobre un determinado país, una determinada cultura o un determinado grupo humano, implícitamente los distingue de todos los demás.

Desde que Tucídides contrapuso las instituciones de Atenas y las de Esparta, así como la moderación de Pericles y las ambiciones de Alcibíades, la mayor parte de los historiadores han puesto de relieve subliminalmente en su trabajo elementos de contraposición. Pero la historiografía comparada, en cuanto forma sistemática de indagación social, es mucho más reciente. En conjunto, implica la individualización de formaciones sociales o políticas semejantes en diferentes estados nacionales o en diferentes culturas –esto es, de aspectos comunes en ambientes diferentes– aunque también es posible que se centre sobre elementos diferentes de la sociedad, semejantes empero desde algún punto de vista. Los historiadores del siglo XIX, que formularon el canon de las investigaciones de archivo y de la reconstrucción en base a documentos, tuvieron tendencia a subrayar la presunta unicidad de los períodos o de las culturas históricas, y jamás se propusieron objetivos de carácter comparativo. De la manera más explícita, en el caso de la escuela historiográfica prusiana, sostenían que su trabajo consistía en liberar el juicio histórico de cualquier criterio universalista fundado en la idea de progreso –cualquier época era «próxima a Dios»– y trataron de reconstruir las tendencias evolutivas de la nación (sobre todo las del estado pruso-alemán) independientemente de cualquier juicio ético. El «historicismo» que aquéllos definieron ha servido de fundamento, es verdad, a la pretensión historiográfica de un método particular, al precio, sin embargo, de poner en el Índice cualquier punto de vista generalista, o análogo al de las ciencias sociales.

1.1. *El método comparativo en Tocqueville y Marx*

Debido a esto, la historia social nació más bien entre aquellos investigadores para los que la historiografía no era tanto una misión, en el verdadero y propio sentido del término, cuanto un método de las ciencias sociales. El conjunto de la investigación de Tocqueville acerca de las condiciones de posibilidad de funcionamiento de la democracia en los Estados Unidos (*De la démocratie en Amérique*, 1835), cuya inexistencia había impedido su duradero éxito en Francia (*L'Ancien Régime et la Révolution Française*, 1856), estaba inevitablemente basado en el método comparativo. En su obra, Tocqueville veía el prerequisite de la democracia liberal en el prolífico asociacionismo voluntario y en la descentralización federativa del poder, a cuya ausencia imputaba los fracasos de la revolución en Francia. De hecho, Tocqueville había aplicado en la práctica lo que John Stuart Mill codificaría de allí a poco como el «método de la diferencia», junto al «método de la concordancia», base y procedimiento fundamental de la comparación científica (*A System of Logic*, 1843). El método de la diferencia significa buscar las variables estratégicamente diversas, en situaciones semejantes desde otros puntos de vista, en forma tal que se puedan explicar los aspectos diferentes; por el contrario, el método de la concordancia comportaría la individualización de los aspectos comunes, en contextos diferentes desde otros ángulos de visión, que son capaces de provocar fenómenos paralelos. No obstante, Mill advertía que un procedimiento tan simple no podía por sí solo llegar a resultados infalibles en el campo de las ciencias sociales, puesto que las estructuras sociales eran demasiado complejas como para consentir el aislamiento de los factores causales.

Como Tocqueville, Marx tampoco renunció jamás a la aguda especificidad histórica de todo sistema social, pero igual que Tocqueville, también él utilizó la historia no sólo por sí misma, sino también teniendo en cuenta sus posibles aplicaciones. Cuando Marx y Engels se ocupaban de trabajos históricos eran, en general, más propensos a explicar el fracaso que el triunfo de la revolución. Esta delicada empresa exigía, por lo menos implícitamente, un contraste histórico. ¿Por qué la Revolución de 1848 había producido resultados y progresos tan inferiores frente a los de la de 1789? *El dieciocho brumario de Luis Bonaparte* (1852) individualizaba una particular dinámica de clases, que había conducido a una sucesiva fase de reacción y no de radicalización. En *Revolución y Contrarrevolución en Alemania* (1851), Marx y Engels propusieron la tesis según la cual la multiplicidad de los centros de la revolución de 1848, junto con las diversas aspiraciones nacionales en conflicto recíproco, y la debilidad de las clases medias de Europa Central, habrían impedido la reproducción del escenario que había caracterizado la Francia de 1789.

La principal fuente de las obras de historiografía comparada la han constituido, a partir de fines del siglo XVIII y del inicio del XX, las elaboraciones de los sociólogos que, como Marx, trataron de descubrir las leyes generales del desarrollo social. Montesquieu y Hume habían comprendido que el desarrollo del comercio comportaba nuevos criterios de organización política y jurídica, mientras que el escocés John Millar había diseñado una teoría de las fases de la evolución social: la caza, el pastoreo, la agricultura y el comercio. En el siglo posterior, Saint-Simon y Comte, y después Spencer y otros, propusieron una teoría de la transición histórica de las sociedades agrarias, militares y feudales, dominadas por castas guerreras y sacerdotales, a las sociedades industriales, organizadas sobre la base de la producción y de la racionalidad técnica. Henry Maine y más tarde Ferdinand Tönnies reasumieron estas fases en una contraposición emblemática: del *status* al *contratto* y de la *Gemeinschaft* a la *Gesellschaft*. En esta perspectiva, la industrialización y la racionalización se convirtieron en un proceso de desarrollo de sentido único. Podían contraponerse las sociedades en base al puesto que ocupaban en el largo avance del progreso industrial. Por más que tales paradigmas fuesen excesivamente simples, proponían siempre el estudio de las sociedades en su globalidad a través del tiempo, fundándose en la idea de que todas seguían una lógica de la historia subyacente y que, por consiguiente, podían ser intrínsecamente confrontables. Para los sociólogos que construyeron sistemas y para sus herederos, el objetivo principal era el de tratar de establecer las leyes o las fases del desarrollo. Y tal afán permaneció como uno de los principales menesteres de la historiografía comparada.

1.2. *El punto de vista weberiano*

En el intento de conjuntar una visión del desarrollo histórico y una descripción sociológica general, Max Weber es, junto con Marx, la figura más descollante. La obra de Weber pasa a través de tratados históricos y jurídicos sobre las corporaciones medievales y sus ligazones agrarias con el Bajo Imperio Romano (1891), a las imponentes investigaciones sobre la sociología de la religión en la India y en la China antigua y sobre la religión hebrea (1911), que siguieron al célebre ensayo sobre *La ética protestante y el espíritu del capitalismo* (1904), hasta llegar a la gigantesca síntesis sobre las estructuras económicas y sobre las tipologías del poder político (1908-1920). Según Weber, la ra-

cionalización o «secularización del mundo» era un proceso imparable, que llevaba al triunfo del capitalismo y de la burocratización. Weber llamaba la atención sobre cuáles podrían ser los graves costes de esta inevitable racionalización, incluso insistiendo en el hecho de que –por ejemplo en el caso de la política alemana– debía proseguir.

El problema histórico fundamental para Weber era el constituido por las fuentes de la modernización económica y política de la sociedad europea, de su incesante progreso, contrapuesto a las organizaciones sociales petrificadas, aunque muy estructuradas, eso sí, del oriente. Formulado en otros términos, el problema era el del desarrollo histórico de la burguesía occidental. En parte, tales orígenes se encontraban en la aparición de la ciudad comercial desde la antigüedad: y en este punto, Weber había vuelto a tomar un tema que Foustel de Coulanges había ya colocado en el centro del estudio de la evolución social en los años sesenta del siglo XIX, momento en que también se estaban llevando a cabo investigaciones de historiadores y sociólogos alemanes como Karl Bücher y Werner Sombart, de todo lo cual habría disfrutado también el historiador belga Henri Pirenne. Mientras Foustel de Coulanges había puesto el acento sobre el nexo entre relaciones de parentesco y *cit *, Weber, a su vez, sostenía que el estímulo decisivo de la progresiva modernización lo constituía la organización de la ciudad en torno a relaciones no basadas ya en el parentesco. Con todo, aunque estas investigaciones sobre el desarrollo urbano condujeron a la elaboración de una tipología del desarrollo económico y jurídico del Occidente considerado como un todo único, como sucede en el caso de Pirenne, no ofrecieron ningún estímulo a una historiografía comparada de la ciudad en sentido estricto.

No obstante, para Weber, un puesto todavía más importante en la explicación del proceso de racionalización del Occidente lo ocupa la aparición del ascetismo protestante, cuya obsesiva insistencia en la inescrutabilidad de los designios divinos hizo replegarse sobre sí mismas las ansias espirituales, transformándolas en fuerza impulsora de triunfo económico. A diferencia de los marxistas, que establecían la hipótesis de una fase socialista, más racional, de la organización económica, fase posterior al capitalismo, Weber sostenía que la modernización burguesa estaría destinada a ser cada vez más previsible, burocrática y «administrativa». La aparición del proletariado representaba solamente uno de los aspectos de esa tendencia general y los nuevos partidos socialistas no eran sino un ejemplo de aquellas máquinas políticas masificadas que marcaban con su impronta el inicio del siglo.

Además de proponer un esquema general de la evolución social del Occidente, Weber elaboró también una metodología comparativa aplicable a la investigación histórica. En base al presupuesto de que uno de los fines principales de la historiografía comparada es el de descubrir regularidades o reglas de desarrollo, resulta decisivo el problema de la legitimidad de las generalizaciones y de la fijación de «leyes» de elaboración de tipologías correctas. A fines del siglo XIX, la mayor parte de los historiadores no estaba ya dispuesta a aceptar una concepción positivista simple, según la cual la explicación histórica requería solamente una pura y sencilla extensión de los procedimientos de generalización de los que se servían las ciencias de la naturaleza. (En realidad, a comienzos del actual siglo, había entrado en crisis el mismo concepto de *leyes* en las explicaciones de las ciencias naturales, gracias al desarrollo de la física cuántica). En cierto sentido, toda situación histórica debía permanecer irrepetible, tanto más si lo que se trataba de explicar era la intencionalidad de los actores humanos. Las sociedades no podían quedar reducidas a hormigueros, y mucho menos a un caso particular del campo de aplicación de

las leyes newtonianas o de las revelaciones estadísticas, para no renunciar, al menos, a los conceptos de libertad y de responsabilidad. Una entera generación de filósofos, subyugados por el *revival* neokantiano del final del siglo XIX, se topaba con esta dificultad: algunos sostenían que los acontecimientos y las estructuras históricas eran únicos, lo que, a su vez (según Dilthey) significaba que solamente la penetración intuitiva o la capacidad de recrear las intenciones del sujeto histórico habrían podido ofrecer una explicación adecuada. Otros, por el contrario, sostenían que las explicaciones históricas podían llegar a ser generalistas, esto es, que era posible extraer de la historia leyes adecuadas, a aquella particular categoría de ciencias sociales (*Geisteswissenschaften*). De hecho, Weber reconcilió estas dos formas de ver las cosas, para salvar la posibilidad de generalización o «nomotética» en las ciencias sociales. Mantuvo la primacía diltheyana de la explicación hermenéutica (o *Verstand* imaginativo), pero trató de depurarla de sus implicaciones místicas, para volver a establecerla como fundamento de explicación científica en las ciencias sociales, con su definición del «tipo ideal». Según Weber, el carácter de las generalizaciones que los historiadores o los científicos sociales podían llevar a cabo no era análogo al de las ciencias de la naturaleza: comportaba, en cambio, una sutil selección de las características relevantes del comportamiento social en una concreta situación histórica, en forma capaz de hacer posible el contraste tipológico. Por ejemplo, las múltiples formas de autoridad política en la historia se reducían a la sucesión de algunos tipos ideales: la autoridad carismática, basada en el reconocimiento de atributos innatos de tipo profético, demagógico o de cualquier otro género; la autoridad tradicional, como en los reinos patriarcales o en la organización feudal, justificada por la costumbre; y la autoridad legal, eventualmente democrática o parlamentaria, o bien ejecutiva, pero fundamentada cada vez más en un cuerpo de administradores asalariados. Weber insistía en el hecho de que sus tipos ideales no eran inmanentes a la historia —rechazaba las tendencias teológicas del tardohistoricismo— sino que, en último instancia, tenían que ver con los intereses del estudioso. Para él, los tipos ideales anclaban el análisis histórico en procedimientos que toleraban generalizaciones objetivas e intentos de contraposición, aún cuando el juicio último sobre qué es lo que tenía importancia confrontar o sobre qué es lo que podía elegirse como objeto de generalización, dependía de los valores específicos del investigador. Así, la posibilidad de una confrontación en el ámbito de las ciencias sociales encontraba una justificación, pero al mismo tiempo quedaba rigurosamente circunscrita, porque quedaba excluida cualquier esencia intrínseca a los fenómenos históricos. En realidad, los historiadores de «derecha» a menudo rechazan también esta limitada rehabilitación de las tipologías y de las generalizaciones, mientras que los de «izquierda» niegan en ocasiones al método weberiano incluso una modesta capacidad de captar la realidad objetiva, e insisten en el hecho de que lo único posible es una rigurosa subjetividad. No obstante, la tensión intrínseca al tipo ideal weberiano permite una compleja y refinada defensa de un método comparativo que no es ni una unilateral aceptación de las ciencias sociales positivistas, ni una invitación a parangones arbitrarios.

1.3. *El debate en Francia y Alemania*

A comienzos del siglo, los historiadores con una formación académica habían comenzado a hacer el balance de los modelos elaborados por los estudiosos de ciencias

sociales. Uno de los puntos de encuentro era el constituido por el debate sobre los orígenes y el papel de las primeras ciudades. El estudio comparado de las instituciones políticas había permanecido en gran parte como dedicación propia de los sociólogos, quienes, como en el caso de Gaetano Mosca (*Elementos de ciencia política*, 1896), se aproximaban a la historia de manera ecléctica, o bien concentraban su atención sobre la nueva política de los partidos de masa (Weber, Ostrogorsky, Michels), o sobre los grupos de interés. Los medievalistas no experimentaban una particular dificultad en recurrir a la metodología comparativa, dado que las diversas zonas nacionales se hallaban todas ellas dominadas por un único sistema social reconocido, es decir, el feudalismo, junto al hecho de que la conquista normanda ofrecía un clásico caso de instituciones transplantadas. En 1900, Charles V. Langlois escribía un ensayo sobre la *Historia Comparada de Inglaterra y de Francia en el Medievo* y en el mismo año Henri Berr presentaba su «revue de Synthèse», citando a Durkheim, en cuya manifiesta aplicación de un «método comparativo preciso y experimental para los hechos históricos» la revista se inspiraba. Berr inauguraría inclusive una serie de publicaciones, escritas en colaboración, sobre la historia de la civilización: *L'évolution de l'humanité*, que versaba no tanto sobre aspectos políticos, cuanto sobre elementos culturales, psicológicos y de tipo análogo. Antes de que aparecieran 65 de los 100 títulos previstos, entre 1920 y 1954, la colección incluiría ya la ampliación de Charles Petit-Dutaillis del trabajo comparado de Langlois: *La monarquía feudal en Francia y en Inglaterra* (1933), además de la colaboración más insigne de todas, esto es, *La société féodale* (1939-1940) de Marc Bloch.

Una vez que se produjeron, tales tentativas obligaron a la reflexión metodológica a plantearse nuevos problemas y a volver a reexaminar las viejas cuestiones acerca de las características de la historiografía. Sobre todo, ¿la búsqueda sistemática de regularidades comunes a diversas sociedades podía considerarse de verdad que constituía una metodología? En gran medida, el debate de los historiadores sobre la historiografía comparada era genérico y como tal permaneció. En su gran *résumé* leído al Congreso Internacional de Estudios Históricos de 1928, *Pour une histoire comparée des sociétés européennes*, publicado más tarde en la «revue de Synthèse» de Berr, Bloch definiría la historiografía comparativa como una varita mágica (*baguette de sorcier*) capaz de abrir nuevos campos de investigación y de formular nuevos juicios. Hasta hoy sin embargo, ha funcionado como método sólo en un sentido muy limitado: es más un procedimiento para plantearse preguntas, que un concreto terreno de especialización, como lo es, por ejemplo, la aplicación de modelos antropológicos, o de datos lingüísticos o demográficos. Además, muy raramente había surgido la pregunta de si la historiografía comparada implicaba también una investigación sobre paralelismos dentro de fenómenos plurales (por ejemplo, el feudo en las diversas sociedades), o más bien solamente la reducción de casos variados de un determinado proceso a una única tendencia histórica más comprehensiva (verbigracia, el feudalismo occidental).

Las implicaciones de semejantes preguntas, junto a muchas otras cuestiones filosóficas, dominaban sobre todo al historiador alemán Otto Hintz, que había comenzado su carrera ocupándose principalmente del desarrollo prusiano, en calidad de director de *Acta Borussica* hacia 1901 y como autor de investigaciones, conectadas con aquéllas, acerca del mercantilismo y de la administración burocrática patrocinada por los Hohenzollern. Saliendo del ámbito de estas investigaciones, muy circunscritas –impulsado en esto también por los escritos de Weber sobre el desarrollo de la burocracia–, Hintze comenzó a

estudiar el nacimiento del Estado moderno y del sistema representativo en general. Aunque atraído por el método comparativo, Hintze era aún refractario, sin embargo, a renunciar a los agregados históricos únicos (las naciones, las épocas, como el Renacimiento, e incluso los sistemas sociales) como objetos principales de la investigación histórica. En efecto, sus últimos ensayos contraponían incursiones cada vez más amplias en la historiografía comparada, con continuas interrogaciones dirigidas a sí mismo sobre la mejor manera de reconciliar la investigación comparada y la tarea tradicional de explicar lo que históricamente es irrepetible. Ya en 1912, en *La formación de los Estados y el desarrollo constitucional: una investigación histórica y política*, Hintze había reconstruido los efectos del feudalismo, reconociendo en éste el principal impulso hacia el estado territorial occidental. La razón principal del desarrollo de las jurisdicciones más pequeñas de base feudal estaba en el hecho de que ningún imperio estaba en posición de controlar todo el espacio político europeo, si bien Hintze no estaba aún preparado para preguntarse sobre cómo la vastedad del imperio chino había podido representar un desafío menos decisivo que el planteado en Europa. Seis años después, Hintze publicó una investigación declaradamente comparativa sobre los orígenes del sistema ministerial, que abarcaba Francia, Austria, Prusia e Inglaterra; después continuó con un ensayo de 1919 sobre el papel del comisario militar y, a mediados de los años veinte, presentó el resultado de dos grandes investigaciones: *El carácter del feudalismo y Los condicionamientos del Estado representativo en el contexto de la historia mundial*. En estos últimos trabajos trató de explicar sucintamente por qué en la India y en China no se había creado una tradición de equilibrio entre los diversos estamentos de distintas sociedades (momento previo del Estado parlamentario), subrayando la unicidad de tal proceso en Occidente:

«En Oriente, la persona quedó atrapada en los vínculos tradicionales de la familia y del clan, mientras en Occidente se desarrolló hasta conseguir una completa libertad, independencia e iniciativa del individuo dentro del marco de un más amplio ámbito social».

Retomando a Max Weber (y prefigurando la posterior investigación de Karl Wittfogel), Hintze avanzaba la hipótesis de que los imperios burocráticos del Extremo Oriente y del Asia Central habían alcanzado mucho más temprano el monopolio del poder militar y del control administrativo, a causa de sus responsabilidades frente al reparto de los escasos recursos hídricos, o ante los conflictos en torno a los sistemas de irrigación y de navegación fluvial. La conquista de un poder armado independiente por parte de una clase aristocrática no había tenido éxito jamás hasta entonces, mientras el Estado parlamentario derivaba en Europa, en último análisis, del desafío lanzado al poder central por la casta de los guerreros. Sin embargo, aunque Hintze había dirigido su mirada sobre una vasta gama de culturas, se resistía a dar crédito a «una ley sociológica general», insistiendo en el hecho de que, de estar en juego, lo que había era «un único proceso histórico, que abarcaba todo Occidente, cuyos resultados se extendían también a otros territorios en un segundo momento».

En sus investigaciones, Hintze tuvo que habérselas con no pocos dilemas, que se solapaban unos a otros y que, si bien no tenían que ver tan sólo con la historiografía comparada, reaparecían una y otra vez a lo largo de un trabajo comparativo de permanente agudeza. El problema de los valores y de una investigación aséptica en este cam-

po, afectaba obviamente a la vieja cuestión del papel de los juicios éticos en la historiografía. Además, acudiendo de nuevo a Weber, Hintze planteó también el problema de qué es lo que podía justificar la importancia atribuida a un determinado tema histórico. Weber sostenía que la elección de un determinado problema histórico o sociológico y la elaboración de un adecuado tipo ideal que permitiese el análisis, eran la manifestación de una elección subjetiva desde el punto de vista axiológico. ¿Qué se podía hacer, en tal caso, para evitar una elección meramente arbitraria? ¿Es que acaso el parlamentarismo occidental no podía esgrimir el derecho a una relevancia intrínseca? Para Hintze las respuestas no eran satisfactorias. Rickert había subrayado tanto la elección de la materia de trabajo del historiador como sus juicios de valor absoluto, trascendentes a la historia. Hintze consideraba esta solución inaceptable: en modo alguno era viable seleccionar valores absolutos y aplicarlos al mundo del conflicto histórico; no existían leyes socialistas, liberales o imperialistas inscritas en presuntos arquetipos históricos. La vida política y económica, escribía Hintze al día siguiente de la derrota y de la revolución alemana, casi nunca se gobierna desde fuerzas intelectuales, sino más bien desde «intereses que reflejan los impulsos instintivos o que se sirven de la fuerza bruta». Pero este reconocimiento no comportaba tan sólo quietismo o resignación, sino que exigía incluso la renuncia a las esperanzas de una síntesis cultural superior, o a juicios y comparaciones cargados de elementos axiológicos. La historiografía comparada no tenía una legitimidad mayor –aunque tampoco debía tener una menor– que la de cualquier otra forma de historiografía.

La subjetividad intrínseca a la investigación histórica llevaba a Hintze, igual que antes de él a Weber, a pensar que la psicología sería un instrumento de investigación más apropiado. Ya en los años noventa había sostenido que una psicología colectiva habría podido ofrecer un nexo explicativo para vincular el comportamiento individual con el de grupo. También para Weber los tipos ideales, como el de la Ética Protestante, eran sobre todo construcciones psicológicas, que permitían una explicación hermenéutica, amén de una generalización en el campo de las ciencias sociales. Hintze asumió el procedimiento weberiano en nombre de la intuición psicológica de una futura historiografía. No obstante, sus escritos daban por descontado los «impulsos» encaminados al poder y trataban de comparar y de explicar las estructuras concretas en que se llevaba a cabo el ejercicio del poder. En efecto, su trabajo rindió muchos frutos en el campo del análisis comparativo de las estructuras del poder, más que en el de las motivaciones subyacentes.

En realidad, la llamada de atención de Hintze a una historiografía fundamentada en la psicología colectiva –*mentalités avant la lettre*– era el reflejo de su tentativa por resolver la tensión entre las ciencias sociales y la historiografía tradicional. Y lo mismo trataba de hacer con sus ensayos de historiografía comparada; y todo ello, con el fin de que la historiografía comparada pudiera pretender vivir en un espacio epistemológico situado a mitad de camino entre una historia de las sociedades particulares y una pura y simple sociología histórica. En teoría, la historiografía comparada habría podido eludir el riesgo de transformarse simplemente en una ciencia social, sofocando su aspecto de autonomía y presentándose como una historiografía de objetos «concretos», aunque de vastas dimensiones, como, por ejemplo, el parlamentarismo europeo. La historiografía comparada parecía prometer particulares progresos de la disciplina, sobre todo en un momento en el que la justificación del poderío prusiano por obra del historicismo alemán estaba manifiestamente desacreditada a causa de la derrotada arrogancia guillermi-

na. Pero si, para evitar el determinismo sociocientífico, el historiador debía limitarse a describir tendencias de carácter supranacional, se mantenía planteado el problema de si aquel pretendía alimentar efectivamente una vocación por la historiografía comparada.

En Francia, aquéllos que dieron su contribución a la historiografía comparada no habían recibido la misma herencia de disputas metodológicas y la misma carga de una discutible potencia nacional. Ellos descubrieron en la sociología de Durkheim y en los anteriores ejemplos de Comte y Foustel las indicaciones para una historiografía socio-científica libre de aquel *Angst des Historicismus* que afligía a los alemanes. Por otra parte, su principal exponente, Marc Bloch, estaba de acuerdo con los alemanes en el hecho de que la historia era una descripción de configuraciones sociales únicas y justificaba la comparación tanto en base al papel que ésta podía desempeñar al arrojar luz sobre la individualidad cultural, como en base al descubrimiento de leyes sociales.

Bloch estaba mucho menos preocupado por el hecho de que la historiografía comparada hubiera ofrecido leyes sociales sin ningún menoscabo de la intuición histórica. En el programa que enunció en 1928, sostenía que aquella le permitía descubrir elementos que de otra manera no habría captado jamás. Sin un cierto conocimiento del proceso de la de Inglaterra, la reacción señorial en la Francia de los inicios de la Edad Moderna no habría tenido nunca un puesto en sus programas de trabajo. Con todo, Bloch insistía en el hecho de que también la diferenciación cumplía un papel decisivo. Una comparación superficial habría podido poner en el mismo plano a los villanos y a los siervos franceses de la Baja Edad Media; sin embargo, si se estudiaba correctamente el asunto, los orígenes de las dos castas revelaban el hecho de que ambas reasumían en ellas siglos de desarrollo histórico. Los villanos habían llegado a un estado servil porque los ambiciosos juristas de la *Common Law* habían cedido de hecho a la aristocracia el control sobre los campesinos, a cambio de una reivindicación de la jurisdicción real en materia criminal y en otros sectores del derecho civil. Los juristas franceses, por el contrario, jamás habían tratado de imponer una *Common Law*, pero sus intrusiones caso a caso y durante siglos, habían permitido efectivamente a la ley del rey situar entre los señores de la tierra y los arrendatarios de la misma un nivel de autoridad estatal que faltaba, por su parte, en Inglaterra. La comparación entre estas dos clases, superficialmente equivalentes, revelaba, sin embargo, desarrollos históricos únicos. En otro lugar, Bloch había examinado el grupo de los siervos llamados ministeriales en Francia y en Alemania (1928) y después había pasado a su obra de más amplio aliento, escrita en el decenio siguiente, *La société féodale* (1939-1940). Este libro era un esfuerzo magistral de descripción de todos los aspectos de una sociedad a partir de los principios subyacentes de la recíproca obligación, incluidas la producción económica, la estratificación social interna y la organización política. Pero, pese a una breve referencia, al final, a las posibilidades de una comparación entre el feudalismo europeo y el japonés, esta gran obra limitaba la comparación a las variables del sistema social europeo.

Trabajos más recientes permiten pensar que la tensión metodológica entre las generalizaciones sociológicas y las tentativas de los historiadores por dar una explicación del desarrollo histórico, continuó inevitablemente. Maurice Mandelbaum (1980) ha realizado una interesante clasificación de las variantes de la historiografía comparada en los siguientes términos: a) evolucionista (es decir, que comporta una investigación sociológica en vista de una teoría universal de los «estadios», ejemplificada por Comte y Spencer); b) genética o centrada en el desarrollo (comprendida, como subtipo la historia de

las variantes nacionales de una institución de origen común, como el feudalismo, o de las diferentes respuestas a una crisis general, como la exposición de las revoluciones de fines del siglo XVIII hecha por R. R. Palmer); o bien, c) analógica (que estudia instituciones similares en sociedades que no han tenido relaciones entre ellas, como el feudalismo en Europa y en Japón). Cada uno de estos intentos de comparación debe obtener de la historia los elementos capaces de proyectar luz sobre las diferentes sociedades e instituciones. Pero la investigación histórica, en el sentido riguroso del término, no puede renunciar al interés genético por una situación plenamente desarrollada. Así, el historiador que trabaja con lo que Mandelbaum llama el punto de vista analógico, debe siempre hacer referencia a la exposición comparada de los diversos desarrollos en el interior de sociedades diferentes. O, como sugiere el ejemplo de Hintze, debe postular un sistema institucional general, capaz de convertirse en la verdadera materia de su investigación histórica. La historiografía comparada no puede dejar de lado los aspectos particulares.

2. EL TRABAJO DE LOS ÚLTIMOS AÑOS EN EL CAMPO DE LA HISTORIOGRAFÍA COMPARADA

Hay grandes diferencias entre las investigaciones de historiografía comparada. Existe al menos una revista dedicada a esta disciplina, «Comparative Studies in Society and History» (publicada desde 1958 por la Universidad de Michigan); también otras revistas, como la célebre «Annales: Economies, Sociétés Civilizations», han continuado manteniendo una impostación implícitamente comparada. Una clasificación de las contribuciones más recientes presenta no pocas dificultades, pero podría resultar útil agrupar algunas de las más importantes en base a las tendencias o programas que las diferencian: a) weberianos, b) marxistas y c) toquevillianos, importantes sobre todo para las investigaciones relativas a los Estados Unidos; finalmente, podríamos añadir un número muy grande de trabajos que son d) antropológicos, bien sea por el método, bien por el tipo de interés que reflejan.

2.1. *El «Programa weberiano»*

De la tendencia weberiana se puede decir que anima aquellas investigaciones –sociológicas o históricas– que siguen preocupándose de grandes cuestiones como racionalización, modernización, legitimidad y desarrollo burocrático. Estas categorías continúan revistiendo el máximo interés para los sociólogos de impostación histórica, como Reinhard Bendix, que ha comparado las jerarquías del mundo de los managers americanos, ingleses y soviéticos en un libro de 1956, *Work and Authority in Industry*, y que posteriormente se ocupó también de las fuentes de la legitimidad popular en *Nation Building and Citizenship* (1964) y en el voluminoso *Kings or People: Power and the Mandate to Rule* (1978). Tanto para los sistemas económicos como para los políticos, todas las obras de Bendix han indagado sobre el modo en que lograban mantenerse en pie jerarquías de autoridad o burocráticas, sin acudir a la coerción o sin suprimir el conflicto social. Aunque demuestra un interés menor por las cuestiones de la legitimidad, el sociólogo S. N. Eisenstadt ha vuelto a emplear también conceptos weberianos para sostener el carácter común de la estructura y de las funciones de los imperios burocráticos centralizados

(*The Political System of Empires*, 1963). Sin embargo, a diferencia de Bendix, que ha realizado investigaciones de tipo cronológico sobre casos nacionales particulares, Eisenstadt se ha limitado a citar varios ejemplos históricos para construir una tipología institucional: un método que, por su propia naturaleza, debía renunciar a aquella diferenciación histórica que Hintze y Bloch seguían considerando como un objetivo prioritario.

El programa weberiano ha seguido haciendo sentir sus efectos en Alemania, donde ha inspirado un análisis de la ruptura del desarrollo democrático del país antes de 1945. Recientes trabajos históricos de la nueva generación de estudiosos alemanes, en particular de Jürgen Kocka, han puesto el acento sobre el modo en que los sistemas de valores y los modelos de *status* inculcados por el Estado burocrático alemán han actuado para impedir un liberalismo de tipo angloamericano. Weber en los años noventa del siglo pasado y Josep Schumpeter y Thorstein Veblen durante la primera guerra mundial, pusieron de manifiesto que Alemania combinaba una economía industrial moderna con una retardataria herencia de valores políticos cuasi feudales. Kocka ha tratado de dar a este análisis una base histórica, mediante investigaciones sobre el desarrollo económico y sobre las tensiones de clase de Alemania y, últimamente, con una investigación comparada sobre los empleados y las clases medias en Alemania y en los Estados Unidos (*Angestellte zwischen Faschismus und Demokratie*, 1977). Una aproximación análoga contradistingue la contraposición hecha por Jürgen Puhle entre los movimientos campesinos democráticos en Francia y en los Estados Unidos, por una parte, y los *Junker* prusianos reaccionarios, de otra (*Politische Agrarerbewegungen in Kapitalistischen Industriegesellschaften*, 1975).

Las investigaciones sobre el fascismo y sobre el nacionalsocialismo han aportado grandes ventajas a la comparación entre naciones diversas, incluso si estos estudios han partido del análisis marxista del papel de las clases o de modelos weberianos de autoridad burocrática. Varios autores alemanes y americanos, entre los cuales se encuentra Kocka, han tratado de dar una respuesta a la histórica pregunta «¿por qué el fascismo?», estudiando los Estados Unidos para preguntarse: «¿Por qué ningún fascismo?». Esta impostación reclama la investigación implícitamente comparada de Werner Sombart en *Warum gibt es in den Vereingiten Staten keinen Sozialismus?* (1902), un clásico estudio de ciencias sociales que se sirve del «método de la diferencia» de Mill. Otros historiadores y sociólogos, por su parte, han subrayado el potencial fascista existente entre los miembros de la clase media, tanto en los Estados Unidos como en Europa. Bajo la influencia del maccartismo de los años cincuenta, Seymour Martin Lipset ha realizado un análisis clásico, por más que hoy en día se halle muy contestado, de las tendencias fascistas como forma de extremismo de las clases medias, en un ensayo de 1960 titulado: *Extremism, Left, Right, Center (Political Man)*. Un punto de vista diverso es el adoptado en la investigación de Ernest Nolte, *Der Faschismus in Seiner Epoche* (1963), sobre la fenomenología del fascismo —en realidad sobre su existencia—: una confrontación dialéctica entre «Action Française», el fascismo italiano y el nacionalsocialismo, en la que encontramos una estimulante exposición de ideas, pero que dice muy poco sobre el contexto histórico y sobre las instituciones sociopolíticas.

Además de la cuestión del fascismo, que ha levantado un acalorado debate para establecer si el nacionalsocialismo y la variante de España, Japón y Europa Oriental podían ser legítimamente definidas como «fascistas», el programa weberiano está también en la base de otro conjunto de investigaciones. El paradigma de la «Modernización», que

hizo su aparición en estudios de los años cincuenta, ha hecho propios los criterios weberianos de la racionalización, junto con los residuos de una teoría de los estadios heredada de la sociología del siglo XIX. Sin embargo, las investigaciones sobre la modernización han encontrado frecuentemente aplicación en los intentos de proponer una teleología del desarrollo económico que habría debido haber superado el conflicto de clase y haber condenado los conceptos del marxismo. El célebre *The Stages of Economic Growth* (1960) de Walt W. Rostow fue presentado explícitamente como un *Manifiesto* anticomunista, que consideraba los regímenes autoritarios de derecha como desagradables paréntesis que ciertas sociedades debían atravesar antes de alcanzar un nivel de elevados consumos de masa. *The Dynamics of Modernization, A Study in Comparative History* (1966), de Cyril Black, es un intento de individualizar los procesos de desarrollo comunes a un centenar de sociedades diversas. La modernización y el desarrollo han funcionado como nociones complementarias a lo largo de una generación de investigaciones de ciencia económica y política altamente especializada y frecuentemente desarrollada en equipo, como el proyecto en varios volúmenes *Studies in Political Development*, patrocinado a partir de 1954 por el Comité para la Política Comparada del Consejo para las Investigaciones de Ciencias Sociales, o como también la reciente investigación dirigida por Black, *The Modernization of Japan and Russia* (1975).

El paradigma de la modernización, sin embargo, ha comenzado a oscurecerse a la luz del conflicto ideológico que atravesaron las sociedades occidentales hacia el final de los años sesenta, precisamente el tipo de conflicto que aquellas teorías pretendían que había sido superado. No obstante, estos desarrollos ejercieron un fecundo influjo sobre la historiografía comparada, porque estimularon un renovado interés por el papel jugado por el Estado. En la teoría de la modernización, el Estado aparecía raramente, a no ser como instrumento de los agentes económicos o de los reformadores burocráticos, pero la historiografía comparada de los años sesenta ha desarrollado el interés por la política en cuanto tal. La minuciosa comparación histórica elaborada por John Armstrong sobre el papel de las burocracias en el desarrollo económico de Inglaterra, Francia, Prusia y Rusia (*The European Administrative Elite*, 1973) logró unir efectivamente el interés de la generación precedente por la modernización con una sensibilidad histórica hacia el marco político y estatal. Charles Tilly, que ha sido también uno de los principales colaboradores en la investigación comparada sobre las características de las luchas obreras (*The Rebellious Century 1830-1930*, 1975) ha dirigido *The Formation of States in Western Europe* (1975), que es un conjunto de trabajos que examina las funciones fiscales, de seguridad y de aprovisionamiento de los estados europeos, siguiendo los tradicionales métodos históricos, pero también proponiendo un modelo muy teórico de orientación parsoniana, elaborado por Rokkan (*Dimensions of States-Formations and Nation Building*). Las investigaciones comparadas sobre actividades específicas del Estado han aparecido con una frecuencia cada vez más intensa. Las dificultades económicas de los años setenta, junto a las luchas sociales de los sesenta, ofrecieron un estímulo a la investigación comparada sobre sistemas asistenciales del tipo de *Welfare Policy and Industrialization in Europe, America and Russia* (1971), de Gaston V. Rimlinger. En conjunto, tal atención hacia el Estado ha devuelto a la investigación histórica a un puesto de primer plano entre las ciencias sociales, situando en el centro mismo de la investigación los intereses de Ranke.

2.2. *El programa «marxiano»*

Un renovado interés por la naturaleza del Estado ha acabado incluso contradistinguiendo la historiografía comparada de orientación marxista. Es lo que se aprecia en el tema central de la ambiciosa síntesis de Perry Anderson, *Lineages of the Absolutist State*, con su volumen introductorio *Passages from Antiquity to Feudalism* (1974). Anderson ha vuelto a tomar los estadios económicos marxistas de la evolución de la sociedad esclavista y del feudalismo para caracterizar las grandes fases del desarrollo histórico, insistiendo sobre el hecho de que el Estado absoluto no constituía en modo alguno una victoria de las fuerzas sociales burguesas, sino más bien un aparato nuevo y duradero para asegurar el dominio aristocrático. Al mismo tiempo, sin embargo, Anderson ha recurrido a la herencia jurídica y cultural del mundo antiguo para explicar la importancia dada a la propiedad absoluta y a los derechos individuales, lo que diferencia los sistemas políticos y sociales del Occidente de los de la Europa oriental.

Para los estudiosos marxistas, la aparición del Estado ha acabado uniéndose a sus originarias indagaciones históricas sobre las condiciones de posibilidad de la revolución. La sociología histórica de la revolución francesa, rusa y china de Theda Skocpol (*States and Social Revolutions*, 1979) ha puesto de relieve el papel de las estructuras sociales como agentes históricos autónomos, en el cuadro de un sistema internacional. La presión ejercida desde el exterior por competidores internacionales más avanzados y los límites impuestos a los recursos de las economías tradicionales habrían coadyuvado a provocar la revolución social. El resultado común no habría sido un régimen de tipo particular, sino una máquina estatal más eficiente, capaz de movilizar los recursos internos y utilizarlos contra los enemigos externos.

La historiografía comparada de las revoluciones, obviamente, no ha interesado únicamente a los marxistas. Desde el principio, los críticos de inspiración contrarrevolucionaria habían manifestado la tendencia a establecer un conjunto único con todas las sublevaciones, tratándolas en términos cuasiteológicos, mientras la *Natural History of Revolutions* (1929) de L. P. Edwards y la *Anatomy of Revolution* (1938) de Crane Brinton han establecido un recorrido común a todos los grandes levantamientos políticos. La búsqueda analítica de Brinton sigue las tipologías de Marx, Engels y de los socialistas posteriores, pero también es verdad que hace esto al calor del conservadurismo de Pareto. Comparando al tiempo la revolución inglesa, francesa, americana y rusa, ha confrontado primero el inicial descontento de los intelectuales hacia el orden constituido, después el colapso del viejo régimen, la fase posterior de la radicalización y del terror y, finalmente, las paralelas reacciones termidorianas. También las primeras revoluciones modernas –la revuelta de los Países Bajos, las sublevaciones de los años 40 del siglo XVII en todos los dominios españoles, las sublevaciones de la época contemporánea en Inglaterra, Francia, Ucrania y China– exigían un tratamiento comparativo. En una serie de lecciones (*Six Contemporaneous Revolutions*, 1939), el historiador R. B. Merriman comprendió que todas estas convulsiones merecían ser analizadas de manera conjunta, aún en el caso de que la comparación se situase en un estadio embrionario. Por su parte, con *Fureurs Paysannes* (1967), Emmanuel Mousnier ha combatido con el colosal problema de contraponer algunos aspectos de las revoluciones rurales en Francia, en Rusia y en la China de los últimos Ming. Mousnier estaba impulsado por la exigencia de tener en cuenta la amplitud de las revoluciones del siglo XVII, pero también por su insatisfac-

ción hacia las explicaciones de orientación marxista, basadas sobre el conflicto de clases rurales. Mousnier avanzaba, por el contrario, la hipótesis de que estas revoluciones tendrían en común un rechazo de la centralización y de las presiones fiscales necesarias para la construcción de un Estado. Los campesinos revoltosos, junto a los *frondeurs* aristocráticos, luchaban a la vez contra la erosión de una sociedad basada sobre los órdenes y sobre el *status*. Más recientemente, el exhaustivo compendio de Pérez Zagorin, *Rebels and Rulers, 1500-1660* (2 vols., 1982), acepta el énfasis puesto por Mousnier en la sociedad basada en los órdenes estamentales, pero niega cualquier causalidad común al conjunto de las revoluciones estudiadas.

Probablemente, la contribución más importante sobre el problema de la revolución y del ascenso de los regímenes modernos ha sido el de Barrington Moore, *Social Origins of Dictatorship and Democracy: Lords and Peasant in the Making of the Modern World* (1966). Moore ha conseguido reunir con eficacia las orientaciones weberianas y marxistas, analizando las revoluciones campesinas como la única vía hacia el Estado moderno. Ha colocado las revoluciones democráticas de Inglaterra, Francia y la guerra civil americana, junto a las revoluciones campesinas de Rusia y de China, al lado incluso de las transformaciones no revolucionarias hechas «desde arriba», ejemplificadas por los casos de Japón y de Alemania. Moore ha insistido sobre el hecho de que los principales factores determinantes de los regímenes modernos debían buscarse en los impulsos provenientes del campo y no en los provenientes de la ciudad: en los países occidentales, una élite agraria había conseguido participar en una agricultura orientada hacia el mercado y se había visto obligada a aceptar, si no a promover, un compromiso con las clases burguesas y liberales. En la Alemania bismarckiana y en el Japón Meiji, a su vez, donde el proceso de modernización había estado controlado por hábiles conservadores al servicio de la élite agraria tradicional, la democracia habían aparecido tardíamente, se había mostrado muy débil y habían surgido formas diversas de fascismo. Finalmente, en China y en Rusia, donde los señores de la tierra habían tratado de mantener un control directo sobre los excedentes de los campesinos, pero sin conservar las funciones de protección que les caracterizaron en el pasado, las sublevaciones campesinas dieron paso a sociedades comunistas. Moore, que posee una formación sociológica, se vio obligado a sintetizar investigaciones monográficas y, realmente, los casos examinados por él se basan a veces en interpretaciones escolásticas que los historiadores han modificado profundamente. No obstante, la tesis general era muy sugestiva; quizá ninguna otra en los últimos tiempos ha conseguido apuntar de modo tan fecundo sobre la historiografía comparada ni ha tratado de buscar una explicación coherente a procesos exitosos de tal importancia. Además, en *Social Origins* no aparecen aquellas formulaciones cuasi tautológicas que han desgastado otros muchos intentos de historiografía comparada.

El lector puede obtener una lección única de Mousnier y Moore, tomados conjuntamente: sin cambiar las relaciones entre los señores de la tierra y sus campesinos arrendatarios (una tesis que Gramsci había defendido a propósito de Italia) no es posible ninguna transformación revolucionaria; sin embargo, ninguna sublevación circunscrita exclusivamente al mundo del campo puede por sí sola permitir una transformación fundamental: las ciudades deben, por lo menos, apoyar la revolución rural. La relación entre campesinos y señores de la tierra ha sido colocada en el centro de las preocupaciones también por investigaciones más especializadas, llevadas a cabo a nivel regional, como la historia del Departamento del Sarthe, De Paul Bois (*Paysans de l'Ouest*, 1960), o la

explicación de las contrarrevoluciones de 1793 hecha por Charles Tilly (*The Vendée*, 1964). Estas dos monografías contraponían sistemáticamente las regiones contrarrevolucionarias con las regiones revolucionarias vecinas de los respectivos *départments*, para descubrir que allí donde la influencia de la ciudad y de las relaciones de mercado habían penetrado ya en el campo, resultaba posible una respuesta contrarrevolucionaria respecto a los jacobinos, contrariamente a como sucedía en las regiones más aisladas. A nivel macroscópico, o continental, si queremos examinar una tesis diferente, Jérôme Blum ha estudiado en *The End of the Old Order in Rural Europe* (1978) la disolución de la sociedad campesina, el declive de las relaciones patriarcales y la racionalización de la agricultura con la abolición de la servidumbre o la transformación de la tierra en una mercancía libremente comercializable. Las situaciones examinadas por Blum son numerosísimas, aunque, como ya le había pasado a Hintze y a Bloch, concentraba prioritariamente la atención sobre desarrollos transnacionales, sin efectuar comparaciones sistemáticas entre las tendencias existentes en el interior de diversos países (por ejemplo, la emancipación).

Además de los campesinos, también otros grupos sociales han sido objeto de investigaciones comparadas. En *Primitive Rebels* (1956), Eric Hobsbawm estudió el banditismo social, la mafia, el milenarismo y las primeras sectas obreras, viendo en todo ello, formas «arcaicas» de lucha social, manifestaciones de una política preindustrial. Las intuiciones de Hobsbawm sobre las motivaciones de la «plebe» y sus rituales sociales reaparecen también en las obras de Georges Rudé sobre las muchedumbres de París y Londres y en muchos otros trabajos sobre sublevaciones, huelgas, consejos obreros después de 1914, etc. El ensayo de Eugene Genovese sobre las rebeliones de esclavos en el hemisferio occidental (1980) no es más que la última de las numerosas investigaciones comparadas sobre los esclavos y los esclavistas. En su *World the Slaveholders Made* (1969), Genovese ha tratado de explicar los diferentes modelos de relaciones entre amo y esclavo, incluidas las actitudes referentes a la emancipación, según la fase capitalista o precapitalista por la que atravesase la colonia en la que existían las plantaciones, o según la metrópoli de que se tratara. En general, las explicaciones de raíz marxista han ofrecido poderosos estímulos a la investigación comparada, gracias a sus categorías transnacionales de clase y a la importancia que siempre han dado a la crucial transición de un nivel de organización social a otro. Pero mientras Marx y Engels habían dedicado su atención prioritaria a Europa, los teóricos del imperialismo que vinieron después, Hilferding, Luxemburgo y Lenin, extendieron el concepto de los antagonismos de clase a todo el mundo. Basándose en las teorías de la dependencia, que en sí mismas eran derivaciones del concepto marxista de imperialismo, Immanuel Wallerstein ha intentado establecer una distinción entre el «centro» y la «periferia», aislando dos componentes del sistema capitalista mundial. Disponemos ya de dos de los cuatro volúmenes que Wallerstein tenía en programa. El diseño de esta obra no es una investigación comparada en sentido estricto, dado que Wallerstein presupone la existencia de un único sistema económico global a partir del siglo XVI. Con todo, esta obra se ajusta a un discurso que remite continuamente a la comparación, a la hora de definir las variaciones políticas y de clase en el interior de los Estados europeos del «centro». También otras investigaciones especializadas, como *Japan, China and the World Economy*, de Frances Moulder (1977), se basan sobre tipologías análogas, en este caso para sostener que el «retraso» de China, frente a la rapidez de la respuesta de Japón a las influencias europeas, era una

consecuencia de los obstáculos impuestos a su desarrollo por el colonialismo, no siendo imputable a razones autóctonas. Cada una de estas interpretaciones puede ser contestada plausiblemente por los historiadores no marxistas e incluso por los que son marxistas. No obstante, la concepción marxista de fondo acerca del cambio dialéctico de los sistemas y de la centralidad de los antagonismos de clase, sigue produciendo investigaciones y verificaciones históricas basadas en el método comparativo.

2.3. *El «programa tocquevilliano»*

En los Estados Unidos, la historiografía comparada ha sido dominada, de manera directa e indirecta, por el programa tocquevilliano. Toda una generación de intérpretes, que han estudiado la «civilización» americana con el espíritu de autocomplacencia propio de la posguerra, ha tomado, obviamente, a Tocqueville como punto de partida para elaborar la particular explicación de las características afortunadas y únicas de su país. *The Liberal Tradition in America* (1955), de Louis Hartz, es una historia de las ideas, implícitamente basada en el método comparativo, que atribuye las peculiaridades ideológicas de América (la fuerza del liberalismo, la debilidad del socialismo y la derrota del conservadurismo estilo Burke) a la carencia de aquel pasado «feudal» que, sin embargo, había bloqueado a Europa. Diez años después, Hartz ha publicado el resultado de una investigación todavía más explícitamente basada sobre el método comparativo, en la que reunía a los Estados Unidos, Canadá, Australia, Sudáfrica y América Latina dentro de la categoría de las sociedades «fragmento», cada una de las cuales habría utilizado uno de los entramados sociopolíticos decisivos en sus orígenes coloniales para plasmar un propio y peculiar carácter nacional (*The Founding of New Societies*, 1964). En ese estudio, los Estados Unidos aparecían definidos por un liberalismo consolidado, América Latina por el componente «feudal» de su matriz ibérica y Australia por un radicalismo de fabricación casera. En la estela de Hartz, el sociólogo Seymour Martin Lipset (*The First New Nation*, 1967) ha intentado recorrer de nuevo los múltiples caminos a través de los cuales los contrapuestos impulsos a la igualdad y al éxito individual liberados por la Revolución habrían ejercido su influencia sobre la sociedad y la política.

En los años sesenta, los americanos comenzaron a interpretar la propia historia en términos mucho más críticos. Pese a la orientación tocquevilliana, la investigación sobre características peculiares se ha dirigido también hacia esta nueva impostación, sobre todo cuando los prejuicios raciales y la esclavitud de los negros han llegado a ser los intereses historiográficos principales. En 1949, Frank Tannenbaum había sostenido en *Slave and Citizen: The Negro in the Americas*, que la cultura católica de la América Latina había permitido relaciones raciales más abiertas y un modelo de esclavitud menos rígido que el de la protestante América del Norte. Después, Stanley Elkins ha recurrido a una analogía con los campos de concentración para ejemplificar lo que consideraba la total degradación de los esclavos en el sistema de las plantaciones de América del Norte (*Slavery*, 1959), mientras la comparación entre la esclavitud en Virginia y en Cuba, desarrollada por Herbert Klein (*Slavery in the Americas*, 1967), parecía dar razón a la tesis de Tannenbaum. Esta visión relativamente rosada de las relaciones raciales en América Latina se inspiraba en la concepción casi mística de la mezcla racial brasileña propuesta por Gilberto Freire, que recientemente ha sido contestada, sin embargo, por diversas ra-

zones. David Brion Davis en *The Problem in Slavery in American Culture* (1968) y en su capítulo sobre la esclavitud en el volumen dirigido por C. Vann Woodward, *The Comparative Approach to American History* (1968), ha puesto en discusión estos presuntos aspectos positivos de las teorías y de las prácticas en América Latina, por lo que a la esclavitud se refiere. Davis ha subrayado, incluso, el nivel de desarrollo económico alcanzado por las diversas regiones de América Latina, señalando en cada caso la razón de los diversos modelos de aprovechamiento de los esclavos. Análogamente, Carl Degler (*Neither Black nor White*, 1971) ha sostenido que, probablemente, los esclavos brasileños fueron tratados de manera igualmente dura que en la protestante América del Norte, donde el hecho de que la importación de esclavos hubiera estado prohibida en un primer momento habría hecho conveniente ofrecer una alimentación suficiente al stock de esclavos existente. Por otra parte, la sociedad brasileña había aceptado los nuevos mestizos como «blancos» potenciales, mientras los Estados Unidos los habían relegado (incluso si se encontraban en estado de libertad) a una condición de permanente inferioridad, análoga a la de los negros. El problema era, pues, el de la raza y no el de la esclavitud. El racismo y la esclavitud eran problemas que estaban íntimamente relacionados y que Georges Frederickson ha tratado de someter a una confrontación sistemática, examinando junto al caso de los Estados Unidos, también el de Sudáfrica, en *White Supremacy* (1980). Frederickson ha reconstruido, con factores análogos, un ambiente en la historia del Sur de los Estados Unidos y de la República Boer: el proceso de esclavización, la dureza del ambiente natural, la frontera y la debilidad de los movimientos abolicionistas. Pero esta comparación ha sacado a la luz importantes diferencias: las relaciones demográficas entre blancos y negros se invertían prácticamente, al pasar del Sur de los Estados Unidos al Sur de África; la lucha por la independencia de los boers, además, no había producido aquella ideología universalista de emancipación que la Revolución americana, por el contrario, había difundido, al menos en teoría. Este trabajo de Frederickson constituye una admirable introducción a la historia de las relaciones raciales en Sudáfrica y en los Estados Unidos; pero no se detiene de manera exhaustiva en los factores más profundos, como los mitos culturales, las fobias raciales y las conexiones entre las jerarquías de los blancos y de los negros. Algunas de las comparaciones que se encuentran en este libro ofrecen explicaciones aparentemente tan simples, que el historiador podría ser disuadido de profundizar en la investigación de los significados y de los conflictos históricos. Finalmente, se debe señalar el relevante estudio de Orlando Patterson, *Slavery and Social Death* (1982), que examina la historia mundial de la esclavitud para esclarecer las motivaciones sobre las que se basaban tanto la expropiación de la dignidad personal del esclavo como su imposibilidad de vivir en comunidad.

2.4. *El punto de vista antropológico*

Una reseña de la historiografía comparada no puede eximirse de resaltar la aparición de un nuevo grupo de investigaciones comparadas que manifiestan no tanto la influencia de las orientaciones weberianas, marxistas o toquevillianas, cuanto de las investigaciones sobre la cultura y sobre los ritos que habían inspirado a Bloch y a Lucien Febvre hace ya cerca de medio siglo. Bloch había entrevisto un posible modelo en la lingüística comparada; los estudiosos contemporáneos de historia social se dirigen cada vez más a

los antropólogos como Clifford Geertz, que ha confrontado la evolución religiosa de Marruecos y de Indonesia (*Islam Observed*, 1971) y cuya historia de los poderes del rey de Bali (*Megara*, 1981) ha puesto en profunda discusión las tradicionales teorías del Estado. También las investigaciones comparadas sobre el mundo campesino se han visto enriquecidas por los modelos antropológicos de la estructura familiar y de la economía rural y se ha comenzado a sostener, a comienzos de los años ochenta, que la «etnografía» constituye una metodología decisiva para la historia social. Estos nuevos paradigmas no pueden dejar de ofrecer una nueva dimensión a la historiografía comparada, incluso si, al menos hasta el momento en que se ha escrito este ensayo, han sido en gran parte utilizados sólo en las investigaciones del microcosmos de una comunidad particular (y todavía remitimos a *Comparative Studies in Society and History*) o en enunciaciones programáticas no especializadas.

3. PROBLEMAS DE MÉTODO

Dedicarse a la historiografía comparada significa profesar abiertamente la convicción de que la historia puede ser una ciencia social, incluso aunque no toda historiografía deba ser tal.

Sin embargo, permanece todavía una diferencia entre la sociología histórica y la historiografía comparada. Por una parte, ésta depende de una distinción entre las maneras de trabajar del investigador: Moore, Wallerstein y otros se han basado en monografías precedentes y se han atribuido la función de operar generalizaciones; Bloch y Hintze han actuado de manera inductiva, a partir de una gran conocimiento de las fuentes originales. Pero, además de esta diferencia de método, hay también una diferencia de objetivos: la investigación sobre leyes generales sigue marcando a la sociología histórica más que a la historiografía comparada. El historiador continúa sufriendo la fascinación de un contexto cultural y político particular, al tiempo que se ve seducido por los caracteres específicos.

Para Bloch, la historiografía comparada era una «varita mágica», pero en tal tipo de punto de vista se encierran no sólo grandes posibilidades, sino también algunos peligros. Estos peligros son: a) la incapacidad de dominar determinados contextos históricos; b) la confusión que lleva a poner en el mismo nivel analogías superficiales y semejanzas estructurales o funcionales; c) una hipergeneralización tautológica y d) la sustitución de un razonamiento sobre conceptos por el razonamiento sobre hechos verdaderos y propios. Veamos una por una todas estas dificultades.

La incapacidad de dominar determinados contextos o panoramas históricos puede tener que ver con cualquier tipo de investigación, pero el historiador que abandona un campo que le es familiar para aventurarse en un territorio radicalmente nuevo, está expuesto de manera muy marcada a este peligro. Teóricamente, el estudioso de la historiografía comparada debería conocer igualmente bien todos los casos de los que habla y estar en disposición de leer en lengua original los documentos que le interesan. Si bien este tipo de conocimiento a menudo falta cuando el historiador se ocupa de situaciones que no pertenecen al mundo occidental, como las americanas o las europeas, sin embargo, la historiografía comparada no puede fundamentarse solamente sobre una adquisición de conocimientos superficiales mediante los que, a modo de ejemplo, el investigador o la investigadora deciden informarse de prisa y corriendo acerca de la escl-

vidad en las Indias Occidentales para compararla con la de la América del Norte. Es un requisito irrenunciable de toda genuina investigación comparada un conocimiento sustancial de todo fenómeno histórico tomado como objeto de examen. Tal requisito comporta que las investigaciones históricas comparadas a menudo requieren un trabajo en equipo. Pero, a su vez, también las investigaciones en equipo plantean diversos problemas. No todos los investigadores de un equipo aplican las mismas categorías o el mismo aparato interpretativo y, demasiado frecuentemente, no se aplica una conceptualización única a las diversas situaciones que son objeto de examen en una obra compleja. En teoría, todo el material de una investigación comparada debería ser interpretado por un único estudioso; pero, al menos, todo participante debería confrontar siempre sus categorías y sus intuiciones con las de los otros autores de la misma obra. La historiografía comparada se basa en una amplia visión de ambientes diferentes y, si el autor o los autores no tienen una visión de conjunto, no podrán jamás transmitirla al lector.

La incapacidad de dominar contextos históricos múltiples lleva a comparaciones superficiales y a menudo fuera de lugar. El fin último de un historiador que adopte el método comparativo debería ser el de interrogarse acerca de la distribución del poder, de la riqueza y de los *status* existentes en cualquier situación, o sobre las creencias y símbolos en torno a los que se han organizado las sociedades examinadas; si no se hace esto, el trabajo está fuera de lugar. El historiador debe tener con toda sociedad una familiaridad suficiente como para comprender sus mecanismos institucionales, que frecuentemente son informales, a través de los cuales llegan a resolverse los conflictos. Por ejemplo, yuxtaponer los sistemas de partido de varios países no tiene ningún sentido si el papel de los partidos cambia en los diversos sistemas políticos considerados: una investigación válida debería ocuparse, por el contrario, de las diferentes formas de representación y del papel de éstas. Los estudios sobre la «estabilidad» política efectuados desde un punto de vista angloamericano no han logrado comprender a menudo que los mecanismos parlamentarios a los que se atribuye la estabilidad política de los Estados Unidos o Inglaterra, en otros países tienen un equivalente funcional diferente. Además, el tejido del clientelismo o las protecciones frecuentemente está detrás de sistemas electorales formalmente muy desiguales; de igual manera, sistemas políticos diversos pueden a menudo realizar funciones radicalmente distintas. El historiador que se ocupa de la distribución del poder debería poder estudiar el matrimonio y el parentesco en una sociedad, el contexto electoral en otra y el sistema de concursos en una tercera. El historiador que quiera estudiar con una metodología comparativa el sistema asistencial, por ejemplo, en Japón y en la Europa Occidental, se equivocaría mucho si se pusiera a comparar los niveles del gasto estatal en los diversos países, dado que el Japón continúa atribuyendo muchos fines asistenciales a las empresas. Sólo un gran conocimiento de cada uno de los contextos sociopolíticos de los que se ocupa puede poner al historiador en la senda correcta para poder individualizar las instituciones que es apropiado comparar en una determinada investigación. Existe el peligro de que el estudioso se cierre a percibir contrastes que saltan a la vista de manera inmediata, como podría suceder a un arqueólogo que se desentendiera tras el descubrimiento del primer estrato de una ciudad con muchos estratos. No vale la pena emprender ninguna investigación histórica comparada si no se busca como mínimo exponer algunos criterios sobre la organización social. Esto requiere algo más que una simple yuxtaposición mecánica de fenómenos superficialmente confrontables: es preciso

«convivir» con la cultura que se estudia por un período de tiempo suficiente como para poder escribir un ensayo exclusivamente sobre ella.

Las generalizaciones excesivas han perjudicado muchas tentativas de hacer una historiografía comparada. La búsqueda de un marco analítico común lleva a recurrir a categorías que acaban por perder todo tipo de relevancia y capacidad de orientación. Las teorías sobre los estadios del desarrollo (por ejemplo, los modelos de modernización) se han mostrado como particularmente expuestas a este tipo de exceso, tal como ha sucedido con algunos intentos de inspiración parsoniana, encaminados a elaborar descripciones sistemáticas de los grandes cambios axiológicos a lo largo del tiempo. Las «variables del modelo» parsoniano ofrecen un esquema de categorías tan abstracto que, en general, no logran captar la riqueza de un determinado contexto social. A un cierto nivel, todo fenómeno social e histórico puede llegar a ponerse en contraposición, de manera formal, con cualquier otro del mismo orden; sin embargo, para que fecunde, la generalización que se recaba debe poder contribuir a responder a las demandas específicas que se plantea el historiador: ¿por qué tal institución o tal acontecimiento se ha producido en este período concreto? Así, fundamentar el análisis institucional sobre las motivaciones psicológicas subyacentes (por ejemplo, atribuir las causas de una guerra a las pulsiones de la agresividad), casi siempre explica muy poca cosa de manera específica, justamente porque pretende dar razón de todo en general. La *History of Civilization* de Arnold Toynbee es un intento de aclarar por qué determinadas sociedades han logrado alcanzar una importancia mundial, sosteniendo que éstas debían afrontar «retos» capaces de suscitar respuestas colectivas, si bien tales retos no eran aplastantes hasta el punto de anular las energías sociales creadoras. Los griegos habrían encontrado un desafío adecuado, los esquimales, por el contrario, habrían sido puestos fuera de juego por su ambiente, los pueblos tropicales, la mayoría de las veces, no habrían encontrado delante de sí retos apropiados. Pero cuando estas explicaciones de gran porte pueden llegar a verificarse recurriendo a los hechos que se pretenden explicar, el nivel de las generalizaciones llega a ser tautológico. Se acaba por escribir la historia un poco como los médicos de Molière practicaban la medicina.

En todo caso, el problema de la tautología o de la circularidad en el razonamiento continúa planteando no pocas dificultades a las explicaciones de las ciencias sociales. Frecuentemente se sostiene que una explicación o una generalización significativa en el terreno de la historia debería ser potencialmente falsable, tal como sucede en el caso de las ciencias de la naturaleza. Si no es susceptible de resistir una prueba ante los hechos, debería ser considerada como empíricamente vacía. Pero en realidad, no siendo repetibles los acontecimientos históricos, podría ser justo aceptar «explicaciones» no impugnables, aunque sólo en determinadas condiciones. Las explicaciones tautológicas o «analíticas» (en sentido filosófico) pueden ser iluminadoras por muchas razones, aunque no necesariamente definitivas. El objeto de la explicación histórica no es únicamente el de individualizar un proceso de causa y efecto, siguiendo el modelo de las ciencias naturales, sino el de hacer «plausible», en el sentido de la experiencia compartida por todos, una cierta concatenación de acontecimientos y consecuencias. Se trata de un trabajo semejante al de una traducción, para el que ofertar formulaciones alternativas (que en sentido estricto pueden incluso ser tautológicas) puede revelarse útil. (Análogamente, invocar la navaja de Ockam o el canon de la economía en el campo historiográfico, también puede en ocasiones revelarse como algo inútil. La autenticidad de una situación

histórica deriva de una multiplicidad de circunstancias que inciden sobre los acontecimientos desde diferentes ángulos. Hay siempre demasiadas ecuaciones frente al número de incógnitas, por lo que insistir demasiado sobre la «economía» acaba por convertirse en un criterio inapropiado). Por otra parte, si admitimos que incluso las proposiciones no falsables pueden tener un significado, ¿cómo podemos tener algún tipo de garantía frente al abuso de este criterio? ¿Cómo podemos evitar la vacuidad de afirmaciones como aquella de que las tendencias fascistas provocan el fascismo, las tendencias militaristas la guerra, etc.? No puede existir una respuesta infalsable; pero una posible línea de defensa es la de elegir, también para los problemas históricos, la célebre estrategia mertoniana de confiar en las «teorías de medio radio». Así, también la historiografía comparada puede dirigirse con mayor aprovechamiento a determinadas formaciones sociales, o políticas, o genéricamente institucionales: por ejemplo, los modelos de explotación agrícola, las estructuras familiares, las soluciones burocráticas e, incluso, los sistemas estatales concretos. Pero acabará inevitablemente recayendo en las generalizaciones tautológicas si debe dar cuenta del ascenso y caída de civilizaciones enteras.

Existe aún otro motivo que debería inducirnos a apuntar sobre las formaciones históricas de medio radio. El trabajo de historiador consiste en explicar el desarrollo histórico en el decurso del tiempo; sin embargo, cuanto más globales son las unidades objeto de estudio, tanto más difícil resulta explicar su origen o su transformación en fenómenos cualitativamente diferentes. *L'episteme* de Foucault, como antes las culturas de Spengler, no permitían ninguna explicación de tales cambios. Solamente toleraban una arqueología limitada a situar sus principios estructurales en el pensamiento o en la vida institucional. Los resultados intelectuales utilizables en la comprensión del espíritu barroco, por poner un ejemplo, pueden ser apabullantes, pero para el historiador mantienen un algo de incompleto.

Finalmente, desde el momento en que la historiografía comparada se viene construyendo generalmente a partir del establecimiento de hipótesis y de la puesta a prueba de tipos ideales, está expuesta de manera particular a las polémicas sobre tipologías, como las relativas a la ética protestante, a la democracia burguesa, al feudalismo, o al fascismo. En cierta medida, las disputas sobre tipologías son un inevitable complemento promotor de prosecución de búsquedas y verificaciones. Pero demasiado frecuentemente la «realidad» de este término de parangón se mide menos en base a su capacidad de explicar los datos, que en base a su compatibilidad con constructos explicativos ya establecidos, como por ejemplo, la pequeña burguesía o la clase obrera. (Y una de las consecuencias más extendidas es que muchos historiadores acaban por negar la misma realidad del fenómeno en cuanto tal. Pero ésta es tan sólo la venganza del purista contra el desorden de la historia: ¡el hecho de que no podamos aplicar una etiqueta con un único término sobre un clasificador, no significa desde luego que éste esté vacío!). En el debate sobre las estructuras de clase del capitalismo desarrollado, o sobre el papel económico de la ciudad antigua, o sobre el partido autoritario durante el fascismo, por poner algunos ejemplos, se hace cada vez menos referencia a los avatares estudiados que a la globalidad o a la elegancia de la tipología que pretende describirlos, dedicando a tal menester los esfuerzos más amplios. Antropólogos como Claude Lévi-Strauss o Edmund Leach se han enzarzado en disputas teóricas de este género, viendo en todo requerimiento a la evidencia de los datos sociales brutos, solamente una manifestación de rudeza. Sin embargo, el historiador —y menos que nadie el historiador que aplica un método

comparativo que, precisamente por la propia naturaleza de su trabajo, debe alcanzar un nivel de generalización que está muy lejos de los datos y de todo lo que acaece a quien desenvuelve un normal discurso histórico— no puede sustraerse a la fenomenología de las estructuras históricas para engolfarse en polémicas sobre la coherencia de tal o cual modelo. Cuanto más complejo es su propio modelo, tanto más debe permanecer el historiador ligado a los acontecimientos perceptibles.

Incluso frente a todas estas dificultades metodológicas, sería un error, sin embargo, renunciar a una historiografía comparada. Cualquier discurso histórico debe contener elementos basados en el método comparativo y debe apoyarse en generalizaciones, al menos en la de la existencia de una experiencia humana común. También los puntos de vista de tipo más hermenéutico presuponen una comprensión humana general ante las angustias de la elección histórica: la insistencia sobre una subjetividad común se convierte en la condición objetiva irrenunciable a la hora de escribir historia. En los últimos tiempos se ha afirmado que el historiador debería saltar por encima del último siglo de ciencias sociales para desarrollar cualidades diversas, del tipo de las intuitivas características del *connoisseur*, del *detective*, según la tesis expuesta por Carlo Ginzburg en *Spie* (1979). Obviamente, el buen historiador debe tener capacidad de intuición, pero confiar únicamente en una cualidad de tal tipo significa renunciar a toda pretensión de establecer qué es más importante y qué lo es menos. Significa descubrir que toda profesión de fe, todo asesinato o desorden, todo ritual civil, o toda manifestación pública, son capaces por sí mismos de arrojar luz sobre las estructuras más profundas del poder y de la legitimidad. Puede ser así, si bien no necesariamente. El hecho es que, sin una verificación de los acontecimientos en cualquiera de los ámbitos en que se apoya el método comparativo, no estamos ni siquiera en posición de hacer aseveraciones sobre lo que es importante y lo que no. Es imposible sustraerse a criterios arbitrarios en la formulación de los juicios y en el establecimiento de la importancia histórica de determinados acontecimientos. Y este punto de vista «voluntarista», contrariamente a lo que algunos erróneamente puedan suponer, no está ni siquiera en grado de abrir un mayor espacio a la libertad en la historia humana, sólo por el hecho de negar las leyes generales y las fuerzas causales; incluso, une todos los acontecimientos a la casualidad. El historiador que trabaja como un estudioso de las ciencias sociales no pretende ciertamente negar el libre albedrío o la responsabilidad del hombre; sólo trata de comprender y de desarrollar las condiciones que permiten el ejercicio de tales facultades. La historiografía comparada, correctamente entendida, contribuye al objetivo moral de descubrir en qué medida los hombres están sujetos a vínculos y en qué grado pueden crear un nivel superior de libertad: el mismo fin al que debería aspirar cualquier otro tipo de historiografía.